

LA GRACOLARIA

Periódico semanal

La Redacción no se hace solidaria de los trabajos firmados.

Insertense ó no, no se devuelven los originales.

Anuncios, edictos y comunicados á precios convencionales.

Redacción y Administración

CALLE DE CORRÓ, 9

Precios de suscripción

Trimestre, pago adelantado.	1'50 ptas
Número suelto.	0'15 "
Número atrasado.	0'20 "

DOS FECHAS MEMORABLES de OCTUBRE

I

D. Juan de Austria, hijo inmortal del gran Emperador Carlos V, y como él esforzado y caballeresco, figura histórica de nuestra patria sobre todo encarecimiento simpática y gallarda; D. Alvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz, «rayo de la guerra, padre de sus soldados, venturoso y jamás vencido capitán», como le llama el Manco insigne de Lepanto, el gran Cervantes, descuellan en primer término en aquel tremendo combate, que uno de nuestros historiadores califica con razón de *el más famoso de que se hace memoria en los anales de los pueblos*, y que el ya citado Cervantes dice ser *«la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros.»*

La elección que el rey D. Felipe II hizo de su esclarecido hermano para Generalísimo de la Santa Liga formada contra el Turco, no pudo ser más acertada.

A la superioridad gerárquica que sobre todos los demás caudillos le daba su regia condición, uníanse el brillante valor y las demás prendas de hábil Capitán, de que había dado larga muestra en la rebelión de los Moriscos de las Alpujarras, por él venturosamente sofocada, y avalorábalo todo lo afable y afectuoso de su carácter.

Para asistirle y aconsejarle, puso á su lado el rey Felipe al primer marino de aquellos tiempos, tan fecundos en grandes hombres, al marqués de Santa Cruz, á aquel á quien, en unión del célebre duque de Alba, debióse, años adelante, la conquista de Portugal, y se hubiera debido la de Inglaterra si la implacable muerte no hubiera atajado, á deshora, sus pasos; á aquel que en servicio siempre de su patria, á quien consagró toda su existencia, tuvo la gloria y la fortuna de rendir ocho is-

las, 27 ciudades y villas y 36 castillos; vencer á ocho capitanes generales, dos maestros de campo y otros 60 caudillos principales; hacer prisioneros á 18,226 soldados y marineros franceses, ingleses, portugueses, turcos y moros; tomar 1,314 cañones y rescatar 1,654 cautivos cristianos.

La empresa de enfrenar el poder del Turco, que amenazaba arrollar cuanto á él se opusiese, avasallando la Cristiandad, no podía, pues, ponerse en mejores manos, y el resultado era forzoso que correspondiera á lo acertado de la elección.

Una Armada que excedía de 800 bajeles, de ellos una mitad del Rey Católico y los mejores que hasta entonces se habían visto, tripulados y guarnecidos por más de 89,000 hombres, fué la regida por D. Juan de Austria, y en ella acaudillaba D. Juan de Cardona la vanguardia; ocupaba aquél el centro con los generales del Papa y de Venecia, Colonna y Veniero; mandaban las alas el genovés Juan Andrea Dória y el veneciano Barberigo, y gobernaba el marqués de Santa Cruz la escuadra de reserva ó socorro.

La del Turco era mayor en el número de velas, y el de sus marineros y soldados pasaba de 120,000 hombres, siendo su principal caudillo Ali-Bajá.

«Señores: Ya no es hora de aconsejar, sino de combatir,» dijo el valeroso príncipe D. Juan á algunos de sus capitanes, que en visperas de la batalla, eran de opinión que no se empeñase ésta, dudosos de su éxito.

«Hijos (arengaba á los españoles momentos antes de romperse el fuego, discurriendo en velocísima fragata por entre sus bajeles), á morir hemos venido; ó á vencer, si el cielo así lo dispone. No deis ocasión á que con arrogancia impia os pregunte el enemigo: *¿Donde está vuestro Dios?* Pelead en su santo nombre, que muertos ó vivos gozaréis la inmortalidad.»

A los venecianos, decía: «Hoy es día de vengar afrentas; en las manos tenéis el remedio